

suelo que viene de la criatura para un alma inundada por la felicidad de Dios, ¿qué es? Nada. Pero en su parte que sufría, por los pecados de los hombres, podía también ser consolado por el amor de los hombres. Y si cuando en el Huerto sufría por los pecados futuros que veía, como presentes, se ofrecía a su misma vista divina la reparación y el amor futuro de esos mismos hombres, era consolado sin duda por ellos.

Pero ¡ah! ¡está eso tan lejos! Hace ya veinte siglos que Jesucristo padeció. Lo que vió entonces ya lo vió, lo que sufrió ya lo sufrió, lo que le consoló, no le consolará más. ¿Para qué, pues, hacer ahora esos actos de reparación y de amor... ¡si ya todo eso pasó!... si ya se fué?

Pero, lector mío, quiere decir que si usted comete ahora un pecado, en aquel entonces hizo usted sufrir al Corazón de Jesús; y que si usted no le ama ahora y no hace actos de reparación y consuelo, en aquel entonces, Jesús, que veía el porvenir, no vió esos actos en la vida de usted y no recibió de usted consuelo alguno... pero en cambio, ¡si usted los hace! Jesús los vió y puede usted decir con toda verdad: yo he consolado al Corazón Divino de Jesús.

Amele usted, sírvale, repare sus ofensas y, créalo, usted habrá consolado al Corazón paciente de Jesús.

¿Comprende usted ahora aquella petición del mismo Señor a Santa Margarita de Alacoque? **Levántate entre las once de la noche y las doce, para prosternarte durante una hora, como yo, el rostro pegado a la tierra, tanto para calmar la ira divina, pidiendo misericordia por los pecadores, como para consolar en alguna manera la amargura que sentía por el abandono de mis apóstoles.**

En cuanto a la segunda parte de la cuestión: ¿cómo el Corazón Divino, estando en el cielo, puede decir que sufre por los pecados de los hombres?, si mis lectores queridos tienen un poco de paciencia, se los explicaré en el número siguiente.

OSCAR d'O QUIJANO, S. J.

